

Capítulo 1

*«Cuando se es tan joven nada te puede hacer daño;
pues la ignorancia y la candidez juegan a tu favor...».*

En Santo Ángel, provincia de Murcia, hay días que el sol luce de domingo para que las cosas buenas ocurran o, como dicen nuestras abuelas: *«Lo que es para ti no te lo quita nadie»*.

Hoy es día de celebración para la familia Fructuoso-Arce; todos se han ido a la iglesia de Nuestra Sra. del Rosario de la Alberca para que la pequeña de la familia de seis hijos, Paquita, sea bautizada y entre en el seno de la Santa Madre Iglesia, como es deber de toda familia cristiana. Rosario, la mayor de los hijos, con tan solo 16 años, se tiene que quedar en casa porque su salud es tan quebradiza como sus ansias por salir a volar cual jilguero enjaulado. ¿No puedes salir? Cuando tienes 16 años, el sol inunda tus pupilas, no hay nadie en casa y la Cresta del Gallo aparece por tu ventana para invitarte a desobedecer, solo queda una cosa por hacer: correr en busca de libertad. Y este día será el que cambie para siempre el destino de Rosario, aunque ella no lo sabe.

Toda la casa huele a osadía y liberación cuando nadie, salvo tú, la ocupas. El sol encuentra mil razones para mostrarte su luz en cada rendija de la casa; y la calle se ofrece como un misal de domingo que no halla banco limpio donde cobijarse. La calle se convierte en la única vía de escape cuando Rosario, con 16 años, se arregla como las huertanicas en los días de domingo y escapa en busca de su destino. Abre la puerta y el aire acaricia su carita para darle los buenos días cuando el sol penetra en sus pupilas; y le muestra ante sus ojos un mundo que hace mucho tiempo solo ve a través de una ventana, cuyo cristal siempre parece estar empañado.

Rosario comienza a caminar despacio por la calle del Sol. Hace tanto que no pisa fuera de casa que parece como si fuese su primera vez, todo a su alrededor se le antoja nuevo: Villa Pilar con todo el alborozo de los niños jugando y las monjas realizando sus labores. Ah, y ahí está Adela. ¡Cuánto tiempo sin verla! En la cara de Rosario se dibuja una sonrisa cuando ve a un muchacho junto a Adela que no para de mirarla de un modo extraño y, sin saber muy bien el porqué, su carita se sonroja y baja sus ojos hacia el suelo, solo para retornar su mirada de nuevo al chico y volver a cruzar sus miradas.

—Hola, Rosario, ¿qué haces por la calle con el sol que hace? —le dice Adela, a la que no le ha pasado desapercibido el cruce de miradas.

—Hace un día tan bueno que me he decidido a salir un *ratito* a tomar el sol...

—Adela, no sabía que había chicas tan guapas por aquí, tendré que venir más a menudo —le dice Joaquín a Adela, sin dejar de mirar a Rosario.

—¡Ufff! Qué calor me ha entrado, madre mía... —dice Rosario, haciendo movimientos con su mano en forma de abanico.

Las risas de Joaquín y Adela hacen que Rosario se ruborice aún más y sus labios dibujen una sonrisa algo pícaro que deja con cara de bobalicón a Joaquín.

—Ven, Rosario, entremos en la casa para que puedas tomar un vaso de agua fresca, te vendrá bien —se ofrece Adela al ver cómo los tortolitos se miran sin llegar ni a parpadear.

Cuando pasan a la casa, Adela hace las presentaciones, y Joaquín le da un beso en la mejilla a Rosario que hace que su carita se torne aún más rojiza y caliente, provocando las risas de todos. Entonces es cuando Rosario mira de cerca los ojos de Joaquín, verdes y profundos como los valles que circundan su vida. Y Rosario, a sus 16 años, sin saber muy bien lo que le está ocurriendo, comprende que su vida ya no le pertenece: Joaquín se la ha robado para hacerla suya para siempre jamás.

—Aquí tienes el agua fresca —le dice Adela, rompiendo el encanto del momento mientras le ofrece el vaso de agua.

—Gracias —le dice Rosario a Adela, sin dejar de mirar a Joaquín, y tomando el agua en sorbitos pequeños.

—¿Y tú quién eres, y por qué estás aquí, y...? —comienza a preguntar de forma atropellada Rosario, sin orden ni concierto, lo que hace saltar de nuevo las risas de todos.

—Despacio, o de lo contrario te atragantarás. ¿Damos un paseo? —se ofrece Joaquín, mostrando la sonrisa más bonita que Rosario haya visto nunca.

—No sé, mis padres están en el bautizo de mi hermana pequeña, y yo... yo...

—No te preocupes, que no te voy a comer; además, Adela estará vigilando por si vienen tus padres, si es que tanto te incomoda. Por cierto, ¿por qué tú no estás con ellos...?

—Bueno, si quieres damos un paseo pequeñito; pero tenemos que volver enseguida... —contesta Rosario, cambiando el tema de la familia y dando a entender que le incomoda sobremedida.

—¡Hecho! —acepta Joaquín, ya casi con un pie en la calle.

Adela los ve salir mientras las preguntas la asaltan sin que ella pueda darles respuesta: ¿Y por qué no? ¿Qué hay de malo?

La pareja comienza a caminar despacio, el porte del chico tiene a Rosario un tanto turbada, pues nunca antes había conocido a nadie así. En el colegio había un

«mosquita muerta» que no paraba de zumbar a su lado, pero no le hacía ni caso.

—¿De dónde eres? No hablas como los chicos de aquí.

—Ja, ja, ja. Alma de cántaro, ¿de dónde has salido tú? O mejor dicho: ¿Dónde has estado encerrada todos estos años? —Joaquín ve el efecto que han producido sus palabras en la cara ensombrecida de Rosario, y comprende que algo no va bien—. Está bien; vuelve a sonreír, o me sentiré muy mal —le dice mientras roza las mejillas de Rosario con sus dedos—. Te contaré una historia, así sabrás algo de mí y por qué estoy aquí. ¡Pero tienes que prometerme que luego me contarás la tuya! ¿Lo harás, pequeña?

Rosario levanta su mirada y encuentra los ojos verdes de Joaquín; entonces sus mejillas vuelven a coger el color rojizo, provocando la sonrisa de ambos.

La pareja comienza a andar en silencio mientras él busca cómo empezar a contarle su historia. Los sentimientos afloran de golpe en sus ojos verdes, y se inundan de gratitud hacia la madre de Adela cuando empieza a recordar aquello que quiere contarle a Rosario.

—Yo era un chico de los miles que comenzamos a vivir bajo tierra, en los refugios de Madrid, cuando se intensificaron los bombardeos durante la Guerra Civil —Joaquín no puede por menos que mirar a ambos lados cuando comienza a contar su historia. La cruenta

contienda había terminado, pero sus heridas están vivas como tentáculos entramados, con cal viva, en cada esquina; y hablar de ella no está bien visto, y aún menos si no eres de la parte que terminó ganando—. Madrid se convirtió en un infierno, con los bombardeos que sufríamos a diario. Un día, sin siquiera darnos tiempo para despedirnos de la familia, nos metieron en camiones para alejarnos de los bombardeos. Aunque era muy joven, aún recuerdo cuando llegué a la parroquia de Nuestra Señora del Rosario de la Alberca. Sí, aquí al lado.

»Me extrañó mucho que las campanas no sonaran a nuestra llegada, pues en Madrid, si algo había que se oyera por encima de los bombardeos, eran las campanas de las iglesias. Simplemente habían desaparecido, según me contaron después; algo que me extrañaba mucho pues, ¿para qué quiere alguien una campana? —Rosario comenzó a reír mientras Joaquín seguía con su historia—. Cuando llegamos nos repartieron como bien pudieron, y algunos días tuvimos que dormir en las escuelas; pero no nos quejábamos, porque podíamos dormir sin que las bombas nos despertaran... aunque tengo que decirte que yo no pude hacerlo hasta pasados unos días. El sonido de los estruendos de las bombas al caer estaba tan metido en mi cabeza, que aún hoy día parece que los pueda oír.

»Y aquí es donde entra en la historia Adela; bueno, ella no: su madre, que tuvo a bien llevarme a su casa, donde pasé los mejores días de mi vida. Aún recuerdo los

mendrugos de pan. ¡Qué buenos! Estaban tan ricos que me los iba comiendo poco a poco, así no se acababan y todo el día estaba royendo el pan; me lo guardaba bajo la almohada para tener algo que comer por la noche. Así conocí a Adela, su hija.

»¿Te he dicho que soy representante de material médico quirúrgico? Pues este mes pasado me han dado la representación, además de la de Madrid, de la zona de Levante; y, cuando me enteré de que iba a venir a Murcia, me propuse volver a donde estuve durante la Guerra Civil y visitar a las personas que me atendieron tan bien. Por desgracia, Adela madre ya no está con nosotros... pero sí su hija, que se acuerda muy bien de mí, y hemos charlado de esa época... se ha alegrado mucho de mi visita.

»Tú... ¿Tú quieres ser mi novia? —le pregunta Joaquín mientras camina al lado de Rosario, que no para de mirarle con carita de ángel.

—Sí —contesta Rosario, parándose con la mirada baja, mientras suspende su pierna derecha con los nervios a flor de piel para hacer pequeños círculos y sus manos, sudorosas, se entrelazan en su espalda.

—Pues ya sabes que no te puedes arrepentir, desde ahora mismo soy tu novio...

—Pero, ¿cómo nos veremos? Tú estás en Madrid, y yo aquí. Pronto te cansarás de mí...

—Eso nunca va a suceder; tú eres mi novia, y te mandaré una carta por correo para que sepas dónde voy

a estar cada mes, y así me puedes escribir. Te mandaré los datos de la estafeta de Correos, y así podrás contarme tus cosas. Además, cada vez que venga a Murcia o por los alrededores vendré a verte, y...

—¿Qué es eso de ‘Correos’ y de ‘dirección postal’?
—le interrumpe Rosario, al ver la emoción con la que se ha tomado el nuevo noviazgo Joaquín.

—¡Pero alma de Dios! ¿De dónde has salido tú, carita de ángel?

A lo lejos, por el camino de La Alberca, aparece una comitiva que vuelve de alguna celebración; y Rosario, en cuanto se da cuenta, comienza a sudar y mirar para todos lados, con la impaciencia de quien sabe que todo ha terminado: su madre no puede enterarse de nada...

—Tengo que irme, tengo que irme, lo siento, lo siento, pero tengo que irme ya...

—¡Pero aún no me has dicho cuál es tu nombre completo y tu dirección...! —tiene que decirle Joaquín a voz en grito, al ver marcharse a Rosario casi a la carrera.

Ella corre hacia su casa con lágrimas en sus ojos, que resbalan como el granizo cuando quiere hacer daño, golpeando allí donde más duele: en el corazón.

Joaquín regresa a casa de Adela y entra en ella un tanto turbado.

—Tienes que darme el nombre completo y la dirección de Rosario. No entiendo qué ha pasado para que